Gutiérrez Mellado: Homenaje póstumo a un amigo inolvidable

CARLOS SECO SERRANO*

He considerado siempre como un regalo de la Providencia la cordial amistad que, en sus últimos años, me unió con el General Gutiérrez Mellado. Regalo que él mismo me brindó cuando hizo que un amigo común nos presentara, aprovechando nuestra coincidencia en cierto acto cultural —creo que la presentación de una obra de Julián Marías—. Luego participó —de manera conmovedoramente efusiva— en el "almuerzo con libro" celebrado a raíz de la publicación de mi "Militarismo y civilismo en la España contemporánea". Y al verano siguiente conseguí incorporarlo, como conferenciante de honor, al curso que, sobre el mismo tema —militarismo y civilismo—, dirigía yo en El Escorial.

Entonces y después sostuve frecuentes conversaciones con don Manuel —me resistí siempre a tutearle, dado el inmenso respeto que me inspiraba, pese a sus exhortaciones para que lo hiciera—; a veces, almorzando en el *Hispano*, de Madrid, su restaurante predilecto; en alguna ocasión, con otro ilustre militar, colaborador y amigo suyo, el almirante Liberal Lucini.

«He hablado de *regalo de la Providencia.* Lo fue para mí, porque su amistad y su trato me reconciliaron con el Ejército —y eso equivalía a reconciliarme con mis raíces—.»

*De la Real Academia de la Historia.

He hablado de *regalo de la Providencia.* Lo fue para mí, porque su amistad y su trato me reconciliaron con el Ejército —y eso equivalía a reconciliarme con mis raíces—. En él quebraba la tradición de los corifeos del "poder militar" superpuesto al legítimo poder civil; y, sobre todo, el criterio, compartido hasta entonces por casi todo el generalato procedente de las jóvenes promociones de oficiales de la guerra civil, que se cifraba en mantener la barrera infranqueable entre las dos Españas separadas por aquélla: las que el régimen franquista había definido, inexorablemente, como *España* y *anti-España.* "Mire usted — me dijo alguna vez—: lo que hay que evitar por todos los medios es que *aquello* vuelva a repetirse. Todo cuanto he hecho en los puestos de responsabilidad que he ocupado en el Gobierno, se ha encaminado a reconciliar a los españoles; y a conseguir que el Ejército asuma su verdadero papel al servicio de una democracia encarnada por el legítimo poder civil". Yo consideraba la distancia que separaba estas palabras de cuanto había sido dogma de fe para los militares del franquismo, incapaces de asumir el principio proclamado nada menos que por el general De Gaulle, precisamente en los momentos en que se veía exaltado por segunda vez a la presidencia de la República francesa, bajo el impulso del Ejército de Argel. (Cuando alguien le insinuó: "Ahora hay que dar satisfacción al poder militar", el "gran Charles" contestó, imperturbable: "¿Poder militar...? Yo conozco el poder legislativo, el poder ejecutivo, el poder judicial. Pero ignoro qué es eso del poder militar".)

«A sí se explica la actitud de Gutiérrez Mellado — que muchos no entendieron, y censuraron— siempre opuesta al brote político de los llamados "úmedos" — los afiliados a la U.M.D., *comprometidos* a favor de la democracia—.»

Así se explica la actitud de Gutiérrez Mellado —que muchos no entendieron, y censuraron— siempre opuesta al brote político de los llamados "úmedos" —los afiliados a la U.M.D., *comprometidos* a favor de la democracia—; porque ese "brote", por muy generoso que fuese, implicaba una contradicción: suponía la pretensión de enarbolar de nuevo la bandera de los *caudillos* del liberalismo decimonónico, en la peligrosa estela de los pronunciamientos isabelinos (a los documentos me atengo: léase la proclama inicial del famoso "colectivo"). De aquí que a Gutiérrez Mellado le tocase realizar una labor que le situaba entre fuegos cruzados: de una parte, los *conservadores* a ultranza, cerrados a todas las iniciativas reformistas del General; de otra, los que no se conformaban con eso, y querían jugar, de nuevo, el papel de "salvadores de la patria".

Ante todo, él amaba profundamente al Ejército. Cuando me hizo el honor de elogiar públicamente el libro a que antes me he referido —*Militarismo y civilismo en la España contemporánea*—, tras declarar que debía ser "el libro de cabecera de todo oficial", añadió: "Pero yo debo defender a los militares...". Le interrumpí: "Mi

general, permítame que le diga que *los militares como usted* son los que están defendidos en estas páginas". Él no añadió una palabra más.

Pero le inquietaba cualquier sombra de censura para el Ejército en cuanto tal. No renegaba de sus experiencias. Hablaba con nostalgia y entusiasmo de la Academia General de Zaragoza, en una de cuyas primeras promociones se había formado; y no excluía del elogio a su director, el general Franco —de quien había de ser, andando el tiempo, la *contrafigura*—. A las enseñanzas recibidas en aquel centro atribuía, modestamente, su digna y valerosa actitud en el legendario episodio del 23-F. "Yo — me decía— me limité a poner en práctica lo que me habían enseñado en la Academia..." En todos los puestos en que sirvió, durante su brillante trayectoria profesional, se atuvo estrictamente a una noción impecable del deber, culminante en la aspiración a que el Ejército asumiese, por fin, su papel específico, al margen de una función política que no le incumbía. Sin ser un intelectual, como su mentor y amigo Diez Alegría, ni asumir una posición de teorizante, tenía ideas muy claras sobre lo que debían ser unas fuerzas armadas homologa-bles con las de la Europa democrática: la Europa de nuestro siglo; y era la eficacia misma al aplicar esas ideas.

Su labor junto al Presidente Adolfo Suárez, como Vicepresidente Primero para Asuntos de Defensa, y luego como Ministro de Defensa —tras la integración de los tres Ejércitos, Tierra, Mar y Aire, en el nuevo Departamento por él diseñado— fue extraordinaria, empezando por la redacción de las nuevas Ordenanzas —que venían a desplazar las de Carlos III, ya fuera del tiempo— y culminando en la organización de la "cúspide militar" —la JUJEM—; y todo ello, en alerta permanente para eludir los escollos en que el barco de la Transición podía encallar o irse a pique.

Fiel a la tarea que se le había encomendado, superaba su aparente fragilidad física con una energía extraordinaria, y con ese valor que no brota, ocasionalmente, en el fragor de las batallas, sino que se pone a prueba, día a día, en el enfrentamiento duro y doloroso, pero inevitable, con los que no quieren someterse a quien ejerce legítimamente el mando, porque se creen en posesión de la justicia y de la verdad. Para la gran Historia ha quedado, captada por las cámaras de televisión, la violenta escena desarrollada durante el entierro de tres miembros de las fuerzas de seguridad, asesinados por el GRAPO el 28 de enero de 1977, y el temple enérgico del General ante quienes le gritaban: "¡El honor está por encima de la disciplina!", sin entender que la disciplina según las ordenanzas, *es la clave del verdadero honor militar*. Y las cámaras captaron también el momento en que, en las Cortes, un día de febrero de 1981, se

«Su labor junto al Presidente Adolfo Suárez, como Vicepresidente Primero para Asuntos de Defensa, y luego como Ministro de Defensa —tras la integración de los tres Ejércitos, Tierra, Mar y Aire, en el nuevo Departamento por él diseñado— fue extraordinaria, empezando por la redacción de las nuevas Ordenanzas.»

enfrentaron la bronca tradición hispánica del golpismo castrense y la impávida apelación a la disciplina por parte de la máxima autoridad militar presente en la sala, respaldada por la democracia que en el hemiciclo tenía su sede. Siempre conmoverá a las generaciones futuras la imagen de aquel hombre, vestido de civil, pero de inconfundible filiación, haciendo frente a pecho descubierto a la zafiedad de quienes pretendían inútilmente derribarle para gozarse en su humillación. "Era mi deber...", se limitaría luego a decirme cuando ponderé su heroico gesto.

Ni siquiera guardaba rencor a los que sabía sus enemigos. Recientemente lo ha referido Laureano García: "Una mañana de 1994 estaba él en su despacho del Consejo de Estado cuando le informaron del fallecimiento de un teniente general en la reserva, que se había distinguido por su actitud contraria a la reforma emprendida por Gutiérrez Mellado y que le había proporcionado considerables disgustos en su etapa de vicepresidente del Gobierno. Guardó silencio durante unos instantes y pronunció después unas breves palabras de comprensión hacia él, algo así, aunque no sea literal la cita, como "IPobrecillo!, era una persona noble, de buen corazón. No entendió lo que hacíamos. Descanse en paz". ("Baluarte en el camino a la libertad", *Revista Española de Defensa*, n.° 95, enero de 1996).

Porque era un soldado de corazón, le dolía, de manera muy honda, la crisis —en la juventud hedonista de nuestros días— del espíritu militar, entendido, claro está, en su mejor sentido: el que une, al amor a la patria, un sacrificio aceptado en beneficio de todos —de la paz de todos—; la abnegación como expresión de solidaridad. Con un entusiasmo no exento de ingenuidad seguía concibiendo el cuartel —la experiencia de la "mili"— como un gran hogar para esa juventud en la que él creía ver "el mayor tesoro de España"; como un crisol capaz de potenciar en los jóvenes sus virtudes latentes. Pienso que en ese mismo plano se situó, cuando ya había dejado atrás su trayectoria propiamente militar —convertido en capitán general honorario— su ilusionada labor en la Fundación contra la Drogadicción, instituida "en defensa de lo mejor que tenemos, en la defensa de la juventud".

Hombre bueno e íntegro, modelo de sencillez y llaneza, él debe ser espejo para esa oficialidad nueva, que está hoy honrando a España en los enclaves conflictivos del tenso mundo actual, como garantía de paz más que como instrumento de guerra.

«Hombre bueno e íntegro, modelo de sencillez y llaneza, él debe ser espejo para esa oficialidad nueva, que está hoy honrando a España en los enclaves conflictivos del tenso mundo actual, como garantía de paz más que como instrumento de guerra.»